

con los *sujos* se embriagaba, alegrado por los tangos y las malagueñas.

Acaso el dulce canto de los países que fueron árabes, se enronqueció y las manos rasgucaron las cuerdas, nerviosas primero, con fúria después; las coplas sentidas, risueñas como el alma candorosa de los niños, ó melancólicas como lamentos de los tristes, dejaron lugar á otras irónicas y agresivas; las gargantas no modularon cadencias y vomitaron rugidos; y ella, roja de miedo, aparentando indiferencia, trajinaba en el mostrador..... y de pronto la catástrofe, tan rápida—debió serlo—que no dió tiempo al negociante barrigudo de incorporarse en su asiento y le hundió en las entrañas pedazos de madera aun vibrante, empujados por un plomo, que arrastró el hilo invisible que más tarde había de atar en la Secretaría de la Audiencia, al clavijero de la guitarra, la pistola, que colgaba como los madroños que engalanan estos instrumentos.

.....
El alguacil leyó los nombres de los testigos, inscriptos en una lista, para incomunicarlos.

—¿Salud González?

—Servidora de usted—respondió la mujer alta y flaca, apartando su vista de la guitarra.

Uno de los colocados en el primer peldaño de la escalera, de cara noblota, grueso y colorado, como debían ser los amigos del difunto *locor*, murmuró entre dientes:

Testigo?... Testigo?

Jacobo MEJÍA.

Con la intención basta

En un pequeño lugar que hay allá por Aragón, vivía hace muchos años un hombre, que era el terror de sus buenos vecinos, pues según pública voz andaba siempre reñido con la santa Ley de Dios, especialmente en el séptimo mandamiento, y sucedió que siguiendo la costumbre,

ó por propia inclinación, fué á descargar su conciencia á los pies del confesor.

—*El séptimo no hurtarás*, dijo el cura, y añadió:

¿Has cumplido lo que ordena en esto la Ley de Dios?

—*¡Hi cumplido... y no hi cumplido.*

—Hijo, espícate mejor porque no te entiendo.

—Oiga:

hace días iba yó á hacer... unos menestores ahí cerquica, al corralón donde encierra usté el ganado, y estando *asina*, ocurrió que agarré por una pata á un borrego que asomó los morros por el *augero* de la puerta y dí un tirón y otro... y otro, pero... *naa*, el borrego no salió por que el *augero* era chico.

—Hijo, basta la intención, y yo no puedo absolvarte, ni tú tomar el Señor como no me restituyas...

—Pero padre, si quedó el borrego allí.

—No importa; es bastante la intención.

—Bien está—dijo el ratero—tome, padre confesor.

—¿Que me das?

—¡Rediez! un duro más reluciente que el sol.

—La celosía es estrecha y no cabe.

—*Pus* mejor; tampoco el chivo cabía con que.... basta la intención.

Roberto BUENO.

EN TOLEDO

Rêverie

Ansiosa de resurgir pretéritas vidas, la imaginación divaga. La vista desvaría; el oído también. La realidad se difumina y se evapora.